

La línea imprecisa

Eugenio Mateo Otto

Un hombre, mientras hace la compra, sufre un accidente: un tipo se suicida y cae ante él destrozándose contra el suelo. Es incapaz de explicar lo que ha pasado, y poco a poco va perdiendo pie con la realidad y mientras se adentra en la locura.



“ Cierro los ojos ante la desesperada presencia de la muerte pero la instantánea ha quedado de portada de revista de sucesos. ”

Hoy me he retrasado. La línea entre la sombra y la luz se desplazó un poco hacia la izquierda. Ayer, que fui puntual, todavía se distinguía aquel punto lejano que hoy se desdibuja para casi no permitir que se le identifique. He de ser más riguroso conmigo mismo, de lo contrario, todas las referencias dejarán de tener

importancia y me volveré a perder en un caos de oscuridades.

Es curiosa la alternancia que sufren mis alucinaciones; antes de ayer, ese punto minúsculo que siempre sigue ahí me parecía azul, pero hoy es amarillo y hace unos días era blanco. Puede ser que en realidad mis ojos me jueguen malas pasadas o simplemente es posible que todos los colores sean uno solo y todos a la vez, quizá nunca supe distinguirlos del todo o puede que se batan sin mezclarse en el claroscuro de la memoria.

Tomás la bolsa de la compra y te lanzas a luchar contra los precios, del pescado o de la carne y la

fruta, siempre la fruta, el alimento más caro en proporción, mangos, chirimoyas, uva, manzanas, peras, mandarinas, vitaminas revalorizadas por aquellos que ni siquiera recuerdan cómo cuelgan de los árboles, paradoja de la globalización de la Naturaleza, pero cada vez más caras. Te enteras de repente que no llega el billete aunque ayer sí y escabulles las manos en los bolsillos en busca de la lámpara de Aladino y vuelves a sentirte un desgraciado y te angustias porque te acuerdas que ya no crees en fábulas y miras a los ojos de aquel pescado muerto y le acompañas en el sentimiento.

Sales al fin de aquel supermercado sintiéndote más pobre y miras a los ojos de la gente y me saluda desde sus miradas el pez inánime que vi hace un rato. Hace sol pero no calienta. No sé qué hora es pero debe ser tarde. He de darme prisa.

Se me ha parado el corazón y ha salido disparado por la boca. Un cuerpo ha caído justo delante de mí, casi me mata de paso, con lo cual se hubiera duplicado la estadística de muertes por accidente del día, pero no, he tenido suerte. Se ha montado un buen espectáculo, por un lado unas cajas que justo un rato antes habían tomado la medida de mi escasez están histéricas y en *shock*, una anciana que se ha tragado la dentadura, todo a mi alrededor se ha vuelto loco. Incluso yo estoy loco. Veo sangre rozándose las suelas de los zapatos. Cierro los ojos ante la desesperada presencia de la muerte pero la instantánea ha quedado de portada de revista de sucesos y me nombrarán en el artículo como al testigo más inmediato y tendré que decirles que no he visto nada. No he visto nada pero creo que estoy perdiendo el hilo entre la nada y el todo.

Una mano me salva, va dentro de una manga de uniforme, después ya puedo ver todo el uniforme y al guardia dentro. Pregunta que si lo he visto todo. Le digo que me siento mal, que quiero sentarme y él insiste. Lo mando a la mierda, él me mira mal, yo le devuelvo la mirada. La sirena de una ambulancia nos salva. Tapan al suicida, quizá no lo es, quizá se cayó o lo tiraron. Precisamente hoy sopla un cierzo huracanado. ¿Por qué habré pensado que es un suicida? Le pido perdón, en silencio, como se piden los perdones. El muerto ha sido cubierto con una manta de oro, o al menos me lo parece. No es mal final morir cubierto de oro. Ahora otro policía me pide amablemente que me siente en la terraza de una cafetería que hay al lado. Necesito un café, carajillo mejor, lo que sea, pero que sea rápido. Me estoy desmayando, ¿pero es que nadie se da cuenta? Tenemos un café delante y un vaso de agua. La policía, porque

es mujer, no toma nada porque está de servicio. Su voz me gusta cuando me pregunta si lo he visto todo pero le vuelvo a decir que no he visto nada. Me mira con lástima, debo tener mal aspecto y siento la boca como un trapo. Hago un esfuerzo y trato de sonreír y acabo sonriendo como sonrían los que ocultan algo, recuerdo el vacío rasgado al sacudirme y el ruido, un ruido de rotura, de explosión sorda, súbito e inesperado y procuro que no contaminen mi mirada cuando la miro resignado, mareado, enajenado.

“ He aprendido a imaginar las estaciones en el destello de la luz, de la luz que cuelga de la sombra. ”

Le digo adiós al bulto tapado con la manta de oro cuando me suben a una ambulancia. Mi bolsa. ¿Dónde está la bolsa de la supervivencia? Nadie me hace caso aunque se supone que soy el protagonista. Me ha parecido ver a unos utensilios sanitarios desternillarse de risa. Soy un enfermo anónimo que no está enfermo. Les intento explicar; «calle y relájese» me dicen. Esta ambulancia debería de transportar al que casi me mata de paso, no a mí. Yo no me acuerdo de nada. Necesito dormir. La sirena ayuda al sopor pero los baches me despiertan. Debería estar cocinando. Cocinar para uno pierde mucho encanto, ser crítico gastronómico y a la vez comensal necesitado es agotador. Tengo que salir de aquí enseguida, antes de que sea demasiado tarde y acabe como cobaya involuntaria. Que venga mi abogado. No tengo. Pues de oficio. Soy inocente, no he visto nada.

«Hola». Grito pero nadie me contesta. Es un sitio demasiado silencioso. No sé qué pasa pero no me gusta, además tengo una mosca en la frente, la quiero ahuyentar y no muevo las manos, están atadas. ¿Cómo atadas? Me circunda una camisa cuyas mangas se me enrollan en la

espalda, tengo los brazos cruzados, soy como una momia o como el de *El silencio de los corderos*. Huele a cordero, la estancia huele a cordero, a aprisco montañés sin ventanas. Sólo un punto brilla en las tinieblas, no hay paisaje que mirar a través de los cristales, esa luz me corta en dos la retina.

«Hola» grito, nadie contesta en este limbo, parece un lugar que no existiera, un establo con olor a ganado.

He aprendido a imaginar las estaciones en el destello de la luz, de la luz que cuelga de la sombra, cada color me hace olvidar la lógica sucesión de las cosas y mezclo los recuerdos del verano con los fríos amaneceres del invierno, de vez en cuando me pregunto por mi nombre, y cuando estoy a punto de saberlo olvido la pregunta, empiezo de nuevo y vuelvo a olvidar. No sé nada, nunca lo he sabido pero nunca lo sabrán aquellos que me siguen preguntando, entre sueños con olor a cordero, cuánto sé.

Los retrasos pueden ser peligrosos, un sólo segundo precipita emociones por un agujero negro. Sin ir más lejos, ayer distinguía claramente ese punto de luz que hoy sin embargo apenas se distingue, serán las cataratas que inundan de ceguera mis pupilas, la línea entre luz y sombra se mueve, siempre lo he sabido, desde que me trajeron ayer, quizá no me acuerdo de cómo se mide el tiempo y no fue ayer, puede que anteayer, no me acuerdo. Se aprende a no ser exigente, a espabilar antes de que la línea que separa la oscuridad de la luz se vuelva a mover porque cada vez se me hace más difícil empezar de nuevo, tengo guardados los colores en cajas de colores, la luz es un misterio, cambia, juguetona, y yo no sé jugar pero la miro cuando juega conmigo, es una amiga, buena amiga aunque un poco distraída, no me fío del todo, somos previsibles, los dos, ella y yo, yo vigilo siempre en el mismo sitio para que nada pase y ella me ha enseñado ya toda la fría desnudez de sus colores, nuestras soledades se corten, el día que me convierta en halo copularé con ella.